



Madrid: Una isla urbana.

# MALASAÑA

Manifestación de la izquierda parlamentaria en el barrio Malasaña, Madrid, para pedir la ilegalización de Fuerza Nueva y la dimisión del gobernador civil de esta provincia.

**DIEGO GALAN**

**L**OS chistes fueron fáciles cuando en la prensa comenzó a hablarse del barrio de Malasaña, nominándolo sólo por una de sus calles, justamente la que limita la línea fronteriza Norte del barrio con ese otro Madrid de atascos interminables, de edificios "europeos" sin gracia ni lógica, de especulación y stress. La calle de Malasaña, donde está el teatro Maravillas, sería así la puerta que da acceso a una isla urbana que sobrevive milagrosamente a la piqueta especuladora, conservando en su interior una calidad de vida ya olvidada por el resto de los madrileños y, por supuesto, por la mayor parte de los habitantes de otras grandes ciudades españolas: vías con personalidad propia, balcones ajardinados, pequeños comercios, plazas donde aún el sol existe sin verse enturbiado por el fétido humo de un autobús municipal...

Fue un chiste involuntario lo de Malasaña, porque hasta entonces el barrio tenía un nombre más poético, más justo, más cor-

dial: Maravillas, del que Rosa Chacel conserva emociones íntimas, incomprensibles sin este decorado donde la convivencia se establece alrededor de mercados y rincones, estructurando el tipo de conocimientos, oclios e imaginaciones de sus habitantes. "Malasaña" fue el calificativo acertado para referirse al plan Gran Vía-Diagonal que en los años sesenta los mismos especuladores que habían transformado ya las trazas de un Madrid lleno de calor por el decorado de cartón-piedra de una ciudad imposible, decidieron imponer a este reducido. Nada menos que 46 manzanas debían desaparecer para que los protegidos del franquismo consiguieran los millones que luego evadirían a secretas cuentas extranjeras. El cuartel de Conde Duque fue la primera piedra de toque de aquel plan que nunca llegó a tener la luz verde necesaria gracias, de momento, y entre otras cosas, a la solidaridad de los vecinos de Maravillas, que, de una u otra manera, comenzaron a unirse para defender

su forma de vida. Compró Arias Navarro aquel cuartel cuando aún sólo era alcalde de Madrid, y comenzó la polémica en torno a la utilidad pública que esa propiedad colectiva debería tener. Los vecinos, ya calificados como de Malasaña, pero pertenecientes también a Chueca, Comendadoras, Noviciado, Chisperos, tuvieron que aprender con urgencia los términos técnicos del urbanismo moderno — "Somos urbanistas de base", dicen — para que su final no fuera como el de aquel barrio de Pozas — otro de los posibles límites del espacio de Maravillas —, hoy colonizado por un edificio de cristales esmerilados y aire químico, que ha olvidado ya la heroica resistencia que Lauro Olmo protagonizó hasta el último momento sin querer abandonar la casa que había sido suya, que quería seguir conservando por amor y por derecho. Desapareció el barrio de Pozas como prólogo de una destrucción interminable prevista por los "planes" que han convertido Madrid en una ciudad de porta-

les suntuosos y viviendas mínimas.

Malasaña fue poblándose, al mismo tiempo, de románticos marginales, interesados antes en la realidad de su existencia que en la apariencia lujosa de las fachadas. Pintores, escritores, poetas sin oficio, bohemios autodesclasificados que se mezclaban con los viejos de Maravillas, a quienes la pérdida de sus casas supondría una invitación a la pérdida de sus vidas. Fue una experiencia única. En las plazas de Malasaña — y no sólo en la del Dos de Mayo, que parece la única que para la prensa existe — comenzaron a convivir generaciones encontradas, culturas antagónicas, en una especie de colonización pacífica que daba como síntesis una nueva forma de entenderse. Los viejos, reacios al principio ante unos seres que la propaganda oficial presentaba como peligrosos, por sus barbas y bigotes, sus trajes desmañados y su porro clandestino, entendieron pronto que la realidad era bien distinta: de la misma forma

que los portales de los nuevos edificios que querían implantarse ocultaban la miseria de siempre, las barbas de los nuevos vecinos no respondían a lo que el conservadurismo interesado les explicaba. Y comenzaron a abrirse chiringuitos, cafetines y tertulias que agrupaban a los malasañeros y a cuantos en el resto de Madrid optaban por vivir a gusto. Acudir al barrio de Maravillas era —y sigue siendo— una cita obligada para quienes no encuentran en las otras calles de los semáforos y los pasajes subterráneos la mínima cordialidad necesaria para la supervivencia. Será difícil que quien pase por las calles de Malasaña no recupere al viejo amigo olvidado o improvise una amistad nueva. "Somos como un pueblo —dicen los del barrio, a quienes no es difícil descubrir una inagotable pasión por sus cosas—. Se han abierto muchos nuevos locales sin destruir absolutamente nada; al contrario, hemos conservado, reformado, mejorado". Y es cierto que el barrio de Malasaña ha modificado parte de su apariencia en una afortunada asimilación de su personalidad anterior. Junto a los zapateros a medida, los ceramistas, los carpinteros

## La torre de San Dimas

ALVARO POMBO (\*)

**L**A torre de San Dimas no resplandecía ya y no verdeaba. Era la última silueta de la tarde. Era la última tarde. "Es la última vez que veo San Dimas" —pensó Sanz—. Las ambulancias, el alarido centelleante de los coches de la Policía no se oían ahora. Una "lechera" cruzó ante Sanz y velozmente se perdió hondón abajo, hacia Gran Vía. Sanz llevaba largo rato ahí, parado en el cruce de San Bernardo y Malasaña. Brillante, árido, bien templado, el cielo irrestañable realizaba la torre en negro como en una fotografía. "Parece una fotografía de la silueta de una torre inverosímil contra un cielo de acero que no refleja nada, que no significa nada" —pensó Sanz—. *Accende lumen sensibus* —dijo Sanz en voz alta—. Un muchacho que pasaba le miró sorprendido. ¿Soy yo quien recuerda la época en que habla que ir con chaqueta y corbata por las calles? ¿Soy yo quien recuerda la cartilla maquilera, o es sólo algo que he oído contar, algo que he leído? *Accende lumen sensibus*. Toda la luz restante agigantaba, encuadraba, la torre de San Dimas. Desquiciado como estaba, Sanz pensó que quizá era justo al revés, que quizá era la

torre más bien que el firmamento quien trampeaba con el creciente borde de la noche. "Esa torre es la verdadera linde de la noche" —pensó Sanz—. Y tuvo que cerrar los ojos para persuadirse a sí mismo que estaba viendo lo que vela y no inventándolo. De verdad parecía que todo lo sucedido en poco más de seis meses, desde el pasado mes de julio hasta la fecha, era repetición monódica de una plegaria incomprensible: *Infunde amorem cordibus/accende lumen sensibus/infunde amorem cordibus*. Lentamente la torre de San Dimas hacía que la noche fuera comenzando, goteante y tenaz, lento-rápido ritmo, enunciando signos sinuosos. Como en una fotografía, inmovilizada y fértil a la vez, San Dimas parecía tener la noche a raya, recaudada, en vilo, en la contagiosa celda inquietante del iris del poniente. ¿Soy yo quien recuerda toda la vida y muerte que ha tenido lugar bajo esta torre? "Un símbolo es un símbolo" —pensó Sanz, abriendo los ojos llenos de lágrimas—. "es un símbolo, reticente como todos los símbolos". Sin embargo, la elaborada cruz final, el crucifijo de la fotografía en negro no se prestaba a equívoco ninguno. "Esta



torre es el verdadero resumen" —dijo Sanz en voz alta—. ■ Foto: JUAN A. DEL RIVERO.

(\*) "La torre de San Dimas" es el fragmento "4 (23)" de la novela "El Rey", que actualmente escribe Alvaro Pombo. Pombo es autor de los libros "Protocolos", poesía, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973; "Variaciones", poesía, Lumen, Barcelona, 1978. Premio El Bardo, 1977; "Sobre la falta de substancia", relatos, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1977 y "El parecido", novela, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1979. Sobre Alvaro Pombo puede verse el trabajo: "Escritor de los ochenta", Silvestre Codac, TRIUNFO, núm. 886.



Monumento a Daoiz y Velarde en la plaza del Dos de Mayo, corazón del barrio de Malasaña.

en muchos casos, gente muy joven que ha optado por este oficio antes que por una oficina, una corbata y una cartera de ejecutivo), a las librerías especializadas en macrobiótica, ecología y orientalismo, a las tiendas donde

fabrican tocadiscos realmente baratos, a los telares, las sastrerías y tahonas, se han inaugurado lugares donde la reunión es posible y puede encontrarse con bebidas de frutas naturales, buen "chocolate", pubs ambien-

tados por un piano o una orquesta, recitales de poesía o conciertos de jazz que muchas veces improvisan los propios clientes. Dentro del barrio, pero un poco más allá de la plaza del Dos de Mayo, se encuentran también al-

gunos bares gays entremezclados con las tabernas donde comer bien es aún barato y posible.

Una nueva sensación de libertad fue apoderándose de Malasaña, pero sin que, desde la sombra, la especulación olvidara su proyecto de victoria; no tardó tampoco en hacerse oír el grito de la reacción, atormentada ante la idea de que la gente pudiera ser feliz a su aire, empeñada en que detrás de una sonrisa hay siempre un enemigo público, escandalizada exageradamente ante la excesiva libertad del barrio. Hizo su aparición violenta, cruel y hasta asesina. ¿Era una nueva faceta de los especuladores? Pregunta que muchos habitantes de Malasaña (desde entonces ya, más de mala saña que maravillas) se hacen todavía por no caer en la ingenuidad de que la verdad es sólo la apariencia.

"En el setenta y seis inaugurábamos las fiestas del barrio, que entendimos había que organizar desde abajo, desde nosotros mismos. Fueron un éxito. Atrajeron a toda la gente viva de Madrid. ¡Qué alegría! ¡Cómo vibrábamos! Decenas de representaciones teatrales, de conciertos, de espectáculos... Pero eso fue en el setenta y seis. En las del año siguiente, la Policía cargaba sin

## MALASAÑA

parar contra todos nosotros a partir de las doce de la noche: hubo víctimas que aún no han podido recuperarse de sus heridas. Fue prácticamente una masacre que duró cuatro días seguidos. Nos quedamos traumatizados creyendo que ya nunca más podríamos recuperar la vieja alegría...". Son palabras de Antonio Murcia, uno de los hombres que más batallan por la defensa de su barrio al frente de la Asociación de Vecinos, que incluso ha llegado a crear un "comité de defensa": "Tenemos que exigir una

su caso, peligros. Campañas que olvidan con plena consciencia la otra cara del barrio de Maravillas, la que ha convertido esta zona en una especie de "test" sociológico nacional: la experiencia de la convivencia múltiple, que quiere comer terreno a la agresividad.

La campaña, claro, no sólo consiste en el rumor. La bomba que estalló en uno de los bares de la zona, El Parnasillo, y que afectó también al teatro Maravillas, amenazándolo de destrucción inminente, fue —con nuevas vícti-

dad de los habitantes del barrio es absoluta: éramos una comunidad apacible que ha perdido su relajado. Si hace unos días entraban esos 'jovencitos' a cortar el pelo a los barbudos que tomaban un café en La Oriental o en El Comercial sin que nadie llegara a arrestarlos, si pegan con violencia a quienes están colocando carteles para convocar a una fiesta y detienen a éstos y no a los agresores, y si son capaces de dar palizas de muerte a quienes se les enfrente, es lógico que la tensión haya adquirido extremos

crita "zona nacional" (que se encuentra por todas partes), alguien corrige con el de "zona democrática", hasta que finalmente un ecologista soluciona el enfrentamiento con un idílico "zona verde". En ocasiones es el Ayuntamiento quien pinta de nuevo todas las paredes, tratando incluso de respetar el color original del edificio... Pero esta no es más que la parte folklórica del enfrentamiento. La petición de cierre de la sede de Fuerza Nueva, que se encuentra ahora en la zona, es una petición colectiva.

"Los especuladores siempre se han interesado por el centro de la ciudad, sobre todo en épocas de crisis como ésta. No acaban de entender cómo en pleno cogollo de Madrid existe todavía una zona así, virgen a sus negocios. Entendemos que la base de las agresiones que sufrimos vienen por esta razón, siendo mucho menor la importancia que dicen dar a la libertad de costumbres que respiramos. No vamos, sin embargo, a dejarnos engañar por estos ataques, por sangrientos que sean. Nuestros objetivos están principalmente en mejorar las condiciones de vida, mantener estas casas, reformarlas, ampliarlas, respetarlas. Los ataques quieren conducir a desestabilizarnos para que nos cansemos y nos vayamos. Pero nos quedaremos. Esta es una experiencia única. Cada diez años se pierde el treinta por ciento de la población anciana que se renueva con cuantos aquí acuden buscando un lugar mejor para vivir. No podemos perder. Se perderían demasiadas cosas".

La tendenciosidad de algunos articulistas merma en ocasiones la alegría callejera del barrio, pero siempre permanece un foco de espontaneidad que no se carga nadie. Hay algo sólido en las relaciones de los habitantes del barrio de Maravillas, que permite, por ejemplo, que los ancianos se sienten en una plaza para oír la música que improvisan unos melendados, esos mozos de pelo largo que tanto irritan a los agresivos chicos del bate y la cadena, pero que también son cada día más numerosos, porque han encontrado que hay que recuperar una vieja forma de vida basada en la convivencia y la imaginación. ■ D. G. Fotos: RAMON RODRIGUEZ y ANTONIO SUAREZ COVER.



Malasaña se ha ido poblando de románticos marginales más interesados en la realidad de su existencia que en la apariencia lujosa de las fachadas.

clarificación y unas responsabilidades ante tantos ataques como sufrimos continuamente; tenemos que cuidar también nuestra imagen ante la prensa y la Administración y tenemos, finalmente, que ayudar al puente de comunicación que se ha establecido entre la gente joven y la mayor, informando continuamente de la auténtica realidad y no de la que muchos quieren hacer creer que existe".

Porque hay una campaña contra Malasaña que aprovecha como principal protagonismo el de la existencia de navajeros, drogadictos o seres atípicos, como si sólo en este lugar pudiera uno encontrarse con sorpresas o, en

mas— la continuación de una serie de agresiones llevadas a cabo por grupos de jóvenes "incontrolados" que añaden a su desequilibrio mental y quizá oscuros intereses la contundencia de las cadenas, los bates de béisbol o las navajas. "Apareció un coche con barras y pistolas el dieciocho de julio de mil novecientos setenta y nueve. Dimos, naturalmente, parte a la Policía. Han sido muchas las veces que la hemos avisado, pero, en general, nos mandan al Juzgado. Tenemos un interminable 'dossier' de testimonios sobre las agresiones que sufrimos por las calles. Casi estamos ya cansados de testimonios, porque, en este sentido, la uni-

muchas veces insoportables. Los partidos de la izquierda no siempre han entendido estos problemas, aunque últimamente parece que reaccionan con mayor inteligencia".

Comentarios sobre estos "sucesos" circulan en cualquiera de los innumerables bares de la zona: Rómulo y Remo, El Sol de Mayo, Plástico, La Bella Fifi, La Tetera de la Abuela, La Sastrea, La Vía Láctea, Manuela... Junto a estos bares es fácil encontrar pintadas en las paredes que los propios vecinos suelen borrar, aunque haya tiempo para que se establezcan diálogos preocupantes o curiosos. Por ejemplo, sobre un correctísimamente es-